

TEORÍA SOCIAL

**MUJERES Y HOMBRES, FEMENIDADES Y MASCULINIDADES
AL FINAL DEL MILENIO**

Marcela Lagarde

RESUMEN

Refiriéndose al tema de las y los sobrevivientes del siglo XX, hacia el siglo XXI, sustenta la tesis de que el feminismo rebasará los límites culturales e históricos como una de las concepciones filosóficas y como una de las prácticas ético-políticas más enriquecedoras y creativas de las eras transcurridas desde el año mil, haciendo posible la condensación de un nuevo paradigma cultural. Superando los miedos milenarios y seculares demostraremos que "naturaleza no es destino" y encontraremos un futuro de libertad.

En tres años todas las personas contemporáneas seremos gentes del siglo pasado y del milenio pasado, aunque la noción de *milenio* y nuestra identidad milenaria sólo han sido reveladas a la conciencia cuando están a punto de fenecer.

Seremos vistas por quienes nazcan en el siglo XXI con la altanería de quienes miran hacia adelante posadas en el horizonte. Tal

ABSTRACT

With reference to survivors the XXth to the XXIst Century, the author believes feminism will overpass the cultural and historical limits as one of the phylosophical concepts, and most enriching ethical-political practices as well as one of the most creative since the year 1000, thus making condensation of a new cultural paradigm possible. Surmounting millenary and secular fears we shall demonstrate "nature is not destiny" and will then find a future of liberty.

vez nos conciban como gente anticuada de ideas añejas, como sucedió con quienes, transportados por la alfombra mágica del progreso y de la renovación, cambiaron del siglo XIX al XX y dijeron *decimonónico* para calificar a lo inicial ya superado, a lo caduco y atrasado. ¿Pensarán los seres nacidos en el tercer milenio que las personas del siglo XX somos anticuadas?

Aconteceres y recorridos definitorios de nuestras vidas se conservarán en archivos, hemerotecas, bibliotecas, videotecas y filmotecas. Nuestros hitos de referencia estarán en los museos y tal vez hasta se construyan sarcófagos internéticos para información inusual. Es probable que presenciemos movimientos culturales de ruptura con lo que nos es propio, y movimientos retro que evocarán lenguajes, principios, certezas y dogmas.

Esa particular manera de contar el tiempo, el arte de inventar marcadores como año, lustro, siglo y milenio, hará que en sólo tres años perdamos una parcela de nuestra ubicación temporal identitaria. No es lo mismo para generaciones enteras vivir en su siglo que aprender a transitar al siguiente y a un nuevo milenio.

¿Será posible que nos transformemos tanto como para hacer del siglo XXI también nuestro siglo y, en lugar de ser piezas de museo, objetos de la crónica pasatista y testimoniantes de oficio, aprendamos a ser entes de dos siglos y de dos milenios? Lo fascinante está en asimilar la hibridez temporal e integrarla, y asumir identitariamente que sí, que en efecto, nacidos en el siglo XX y en la cuenta de los un miles, seremos además gente del XXI y de la cuenta de los dos miles, y que ese será también nuestro tiempo.

¿Qué caracteriza a las mujeres y a los hombres como seres de este milenio, y cuáles serán las señas de quienes se sientan diferentes y distantes de quiénes en unos años encarnen al milenio pasado? ¿Qué somos hoy? ¿Qué dejaremos de ser, y qué se mantendrá como en el subsuelo?

En su obra "Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos"¹, Georges Duby busca la huella de los miedos humanos en las cercanías del año mil, y destaca que los finiseculares de entonces tuvieron miedo a la miseria, al *otro*, a las epidemias, a la violencia y, desde luego, al más allá.

Las marcas que define Duby para el milenio anterior me conducen a afirmar que, diez siglos después, el *miedo a la miseria*, se concreta en la experiencia real y generalizada de la miseria para más de cinco mil millones

de personas vivas. Y me pregunto: ¿para cuántas más que han muerto a lo largo de estos mil años?

El miedo premonitorio anunciaba lo que en el milenio que ahora despedimos se ha convertido en el modo de vida predominante en la tierra. Y el milenio que ha pasado de la fe a la razón sumando a las leyes de Dios las leyes del mercado, anticipó una y otra vez renaceres y progresos, tierras prometidas allende los mares o tras lomita, inventó maneras de concensar los oprobios y la expropiación universalizada de medios de vida, transfiguró el miedo y materializó la miseria.

Las tecnologías sofisticadas han hecho inmensamente flexibles los límites de la miseria entre quienes la padecen y enceguecen a quiénes al verla no la miran. Con el mismo éxito han permitido legitimarse a quienes se nutren de lo que arrancan a los desposeídos.

El *miedo al otro* no se ha desvanecido. Expresa capacidades de recuperación e innovación de viejos miedos que se creían superados. La convivencia, la coterritorialidad y la vastedad del encuentro de gentes diferentes, han sido usadas con habilidad de orfebrería como vestimenta para enfrentar a unos pueblos contra otros y ocultar al lucro y al dominio como fines.

Pero el miedo al *otro* ha llegado al extremo mediante el culto al desencuentro convertido en ideologías, principios, políticos y fe. Filósofos decimonónicos le llamaron *enajenación* y la identificaron con el aliento a la semejanza, en el horror normativo y dogmático a quienes son diferentes, en la justificación para dañar a los *otros*. La enajenación contiene al sexismo, al androcentrismo, al patriarcalismo, al etnocentrismo, al racismo, al clasismo, al nacionalismo, al regionalismo y al localismo, entreverados con la misoginia, la homofobia, la lesbofobia, la heterofobia, la xenofobia y todos los sectarismos religiosos, ideológicos y políticos que les son correlativos, así como con los prejuicios que los generan y alimentan.

El extremo y el núcleo duro de este mosaico jerárquico y opresivo se conforman con el egocentrismo y la alterofobia que son la síntesis del miedo a todo *otro* y a toda *otra* distintos al *yo*. Para ello, precisan de una confianza desmesurada en la fantasía de la omnipotencia de *yo* y de la exclusiva justicia de sus intereses, aspiraciones y razones.

¹ Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996.

Este miedo al *otro* es la *sombra*, dicen voces chamánicas. Permite desconfiar, acusar, enjuiciar y colocar al *otro*, a la *otra*, en condiciones de reducirle y someterle, de oprimirle. Este miedo encierra la intolerancia a lo distinto, a lo no reconocido, a lo desvalorizado, que se reduce a la incompreensión y al rechazo.

Como experiencia, el miedo al *otro* implica la exaltación, por desconocimiento, del imaginario. En este milenio y por esa vía, el imaginario ha sustituido al *otro*. Cada quien, en su interacción con *el otro* y *la otra* tan temidos, crea literaria y subjetivamente un fantasma que se asemeja a los monstruos y maravillas de los albores del año mil. La interposición de esa fantasía permite la reducción, el saqueo y la eliminación del *otro* real, de la *otra* verdadera.

A este respecto, Simone de Beauvoir² descubrió un velo y permitió advertir como las sociedades y las culturas patriarcales crean la más ignominiosa de las enajenaciones al convertir a los hombres, es decir a los varones, en el *sujeto*, el ser de la historia, y a las mujeres en el *otro*, en seres inhumanizadas pertenecientes a la naturaleza. La opresión de género jerarquizó a unos y los colocó en posición de superioridad y de dominio sobre las otras, cautivas de esa relación. Esto ya ocurría hace mil años, pero en los últimos tres siglos, y sobre todo en el que despide a este segundo milenio, hemos desarrollado la conciencia de género y desde el umbral feminista hemos iniciado la deconstrucción del mundo patriarcal.

El *miedo a las epidemias* es el tercero de los enumerados por Duby en el año mil. En el milenio en el que la humanidad ha transitado de la magia y la alquimia a la ciencia, el miedo se ha renovado con el brote permanente, inacabable, de pestes, sífilis, paludismo y fiebres de diversa etiología. Endemias y pandemias han devastado territorios y generaciones, están presentes en la despedida de este siglo. A pesar de tanta ciencia y tanta tecnología, estamos viviendo la universalización de los cánceres y la irrupción del SIDA, enfermedades en las que se deposita el miedo a la muerte como deterioro de la vida, la muerte dolorosa

y trágica tras la que se esconde, agazapado, el miedo al cuerpo y a su subjetividad.

Cada mal, cada enfermedad, es sólo un conducto a la vulnerabilidad y a la condición mortal de mujeres y de hombres.

Inventores de nuestros miedos, tememos más al SIDA por su conexión simbólica con lo tabuado, que al tabaquismo, al alcoholismo y a las drogadicciones. Vivimos atemorizados frente a las epidemias. Somos casi seis mil millones de fumadores y bebedores potenciales educados masivamente para asumir esas adicciones, y para aceptar que se nos edulcenen los estragos de esas epidemias inducidas criminalmente.

No se identifican como males o enfermedades epidémicas las secuelas del uso obsesivo e ilimitado de sustancias que no sólo enferman, crean malestar social y destrozos personales, sino que hacen real el miedo a la muerte: a través de las drogas la vida de cada quien se convierte en breve suspiro, en muerte en vida, en muerte muerte. la mayor epidemia del fin de siglo y del milenio no es pensada, vivida ni enfrentada como epidemia, pero es la más abarcadora: es el hambre, anverso y sombra de las voraces adicciones.

Hambre, guerra y violencia, tríada de muerte. Allan Sekula nombra así el perverso catálogo³:

"Por una parte están *aquellos cuerpos*, muchos cuerpos, demasiados cuerpos, demasiados para mirarlos, demasiados para contarlos, como si rehusar contarlos fuera la virtud suprema de una moralidad superior, de una reacción humanista contra la cuantificación de la muerte. Del otro lado, de "nuestro lado" están *estos cuerpos*, sujetos de una atención casi microscópica, expuestos y armados y teleguiados, sacrificables pero relativamente onerosos. Innumerables cuerpos del tercer mundo, cuerpos del mundo occidental enumerados con precisión".

2 *El segundo sexo. Obras completas*. III. Aguilar, Madrid, 1981: 15-70. (original de 1949).

3 Montaje fotográfico y texto mural "Guerra sin cuerpos", exposición Face à l'histoire. Centre George Pompidou, París, 1996-1997. Catálogo publicado por Flammarion: 582-583.

En el cuarto miedo milenarío señalado por DUBY, reconocemos que el *miedo a la violencia* es cada vez más abarcador, porque hoy llamamos violencia a muchas más cosas que las que así se designaban hace mil años, y porque paso a paso se extiende una convicción contraria a recurrir a ella. Con todo, la violencia se instala en regiones diversas y distantes, en nuestras calles de noche y de día, y está también en nuestras casas, se nos presenta en la soledad y sobre todo en compañía. La violencia proviene de extraños y ajenos y también de conocidos y cercanos. Las voces antes silenciadas se han atrevido a nombrar la violencia de género contra las mujeres estimulada y requerida para mantener la dominación. Y poco a poco reconocemos también en las violencias entre los hombres, a la violencia patriarcal.

La crítica a la violencia abarca todo eso y mucho más; incluye la confrontación entre quienes dominan con violencia, quienes se defienden con ella, y quienes nos afanamos por eliminarla. Tras vivencias demoledoras, millones de personas rechazamos la violencia convocada en delirios y acciones opresoras o reivindicativas.

Nombrar la violencia deslegitima la guerra, el culto a la destrucción y a la depredación, y ha permitido temerle. Tras el holocausto y la memoria de sobrevivientes de los campos de exterminio, tras las cremaciones tumultuarias y tras el intento racionalizado de destruir la dignidad humana de millones, ya no podemos ignorar a dónde conduce el poder totalitario. Sabemos muy bien lo que es un mundo sin derechos humanos.

Pertenece al horizonte cultural de la bomba atómica. Conocemos el significado de las ciudades arrasadas en segundos y de las decenas de miles muertos en instantes. Tenemos conciencia del peligro atómico en que vivimos. A pesar de eso, quienes promueven la aceptación pasiva de la destrucción, a través de los medios de comunicación la colocan en el sitio de las experiencias fantásticas, heroicas y excitantes tanto en los ámbitos audiovisuales como en los de la virtualidad.

Más nombramos violencia a las violencias de cada día, y más y más se pretende que la aceptemos como natural. Más nos defendemos de la violencia, y más se la exalta

como estímulo y camino irremediable, legítimo y deseable al éxito, al reconocimiento y a la comunión.

El miedo a la violencia es todavía escaso y discontinuo: se le teme a unas formas de violencia y se avalan y legitiman otras. Como recurso fundamental de la dominación, la violencia es hoy núcleo definitorio de la existencia frente a los *otros*, temibles, amenazantes, equívocos. Y también del control de las instituciones, legales y consuetudinarias, sobre los *otros* que critican, cuestionan, construyen alternativas.

El *miedo al más allá* se renueva con su rehabilitación en un duelo con el *más acá*, con la existencia, con el tiempo finito y con la muerte. El miedo al más allá alienta las formas de oprobio que permiten convivir con tantos miedos reales e imaginarios. Ha permitido durante todo el milenio, que cada quien confíe a intercesores mágicos la convocatoria a todas las fuerzas, y sustituya su propia trascendencia por la intermediación que manipula a lo desconocido y a todos los misterios, siempre nombrados, siempre ultrarrepresentación.

Todos los miedos y sus placebos encuentran su fuga, su punto de evasión, en el gran miedo: *el miedo de género*, el miedo que nos impide enfrentar aquí y ahora las muchas enajenaciones que nos separan del *otro* y de la *otra*, el miedo que nos narcotiza frente a todo oprobio, el miedo que nos induce a la mansedumbre, la obediencia, la sumisión, la repetición y el cinismo.

Desde la cultura feminista es posible mirar lo que no clarificó DUBY: los miedos nombrados y los invisibles son compartidos por hombres y mujeres.

El miedo que recorre el milenio patriarcal es el instaurado entre mujeres y hombres. Reúne todos los miedos que DUBY definió como universales aunque son experimentados de manera específica y diferente por las mujeres y por los hombres, debido a su dimensión genérica.

Me refiero a los siguientes miedos:

El *miedo a la miseria de género* que se expande por la tierra.

El *miedo al otro mujer*, experimentado por los hombres y las mujeres patriarcales.

El *miedo al otro dominador*, que vivimos todas las mujeres y los hombres que han estado sometidos al patriarcalismo.

El *miedo a la violencia de género* que pretende educar, enderezar, castigar o contener a las mujeres.

El *miedo a las sexualidades*, que incluye los miedos a los cuerpos y a las epidemias sexuales.

El *miedo al más allá*, esgrimido también por los fundamentalistas patriarcales para contener aquí y ahora a las mujeres redicales que reclamamos desde el presente un milenio feminista.

Me detengo en el *miedo al otro* vivido por los hombres ante otros hombres.

Las masculinidades, culturas contenidos en las identidades de los hombres, se organizan en torno a jerarquías y sujeciones verticales a la ley del padre. Ser hombre para millones de hombres finimilenarios contiene los mismos fundamentos que las masculinidades del año mil: ser hombre en vivencia de masculinidades aprobadas y legítimas significa ser paradigmáticos de lo humano, ejercer poderes sobre otros y pactar con ellos la dominación a todas las mujeres.

Ser hombre abarca hoy un *continuum* que va de la creación a la depredación del mundo como formas legítimas de intervenir en la vida y trascender.

Ser hombres patriarcales requiere ser propietarios del mundo y, para cada hombre, de su fragmento de mundo, de sus mujeres, de sus redes de parentesco y familiares. Ser hombre en esta tesitura significa poseer los códigos, los lenguajes y las parafernalias de las masculinidades: poseer desde la letra y las armas, hasta los sistemas con que se maneja el ciberespacio para transmitir esa invención masculina cuyos ideólogos llaman *revelación, verdad o razón*. A lo largo del milenio que concluye, y muy especialmente hoy, ser hombre se ha plasmado en instituciones cuya encomienda es aplicar la norma y hacer que el mundo funcione como los hombres lo mandan.

Este viejo milenio ha tenido como contenido central el patriarcalismo para infinidad de las masculinidades vividas por millones de hombres que son *el otro* enajenado de otros hombres.

No obstante, las alianzas masculinas de género son posibles aún con los hombres *otros*, porque todos comparten señas y códigos

de identidad que traspasan lenguas, credos, edades, ideologías.

Emergen como marcas paradigmáticas de sus masculinidades y de las filosofías que nombran el mundo, de las religiones que lo hacen creíble y temible a través de la fe y los panteones, y de la política que concentra todo cuanto en sus pactos los hombres refrendan entre ellos en la complicidad del dominio.

En el milenio de Hildegarda, de Leonor de Aquitania, de Sor Juana Inés de la Cruz, de Mary Wollstoncraft, de Flora Tristán, de Henrietta Stuart Mill, de Alejandra Kollontal, de Simone de Beauvoir, y de tantas otras ancestras y contemporáneas innumerables, las femeridades se han afianzado como la expropiación del ser de las mujeres lograda mediante todas las expropiaciones posibles.

La principal expropiación, la del cuerpo, ha permitido construir sexualidades femeninas y subjetividades en las mujeres, centradas en *ser-para-otros*, apropiadas como *seres-de-otros*, subordinadas a *otros*. La historia del milenio es la negación de este hecho, el ocultamiento de la infamia y la creación de todos los mecanismos posibles para que las mujeres ausentes de los espacios de poder político y de sus instituciones viesen la sujeción y la inferioridad como su propia naturaleza, el analfabetismo como una inocencia de género, la violencia como mal humor y la culpa como una segunda piel.

Quizás lo más significativo del milenio y en particular del siglo que van quedando atrás, es la demostración cifrada por Simone de Beauvoir cuando afirmó que *naturaleza no es destino*, tesis que es clave filosófica ineludible si de cambios culturales e históricos se trata.

La ruptura de un orden masculino-femenino, de sentido y contenido patriarcales y mistificado como eterno y natural, marca este fin de milenio.

Millones de mujeres no corresponden con los modelos basados en el antagonismo binario femenino-masculino. No son tradicionalmente femeninas, y su condición de género se ha ampliado tanto que hoy abarca rasgos, cualidades y características simbólicas e ideológicamente pertenecientes a lo masculino tradicional, e incluye también aspectos inéditos del ideológico par binario.

Lo más significativo de la feminidad mítica es el desmontaje del mito. Cada vez y más mujeres deconstruyen el orden social, simbólico y político, a través de su experiencia trastocadora. Al deshacerse el mito, se devela cuan mítica es también fantasmagoría de las masculinidades estereotipadas. Así, en el fin de este milenio, se incrementa el déficit de los hombres respecto de su propio fantasma: cada vez más hombres no son dueños del mundo, no son ricos, no son poderosos ni han trascendido sus propias miserias. Sin embargo, Sin embargo, algo contiene todavía de realidad la condición masculina patriarcal: aún los hombres desposeídos, aún los desintegradores de modelos y modernidades incumplidas, aún los democráticos y los revolucionarios, en su mayoría realizan su masculinidad a través de la dominación a las mujeres.

A pesar del aumento de la violencia contra las mujeres, aún cuando se extiende la pobreza de género y aún cuando no haya norma que contenga, preserve y haga vida misma los derechos humanos de las mujeres, cada vez más mujeres sintetizan habilidades, destrezas, capacidades, y realizan actividades antes tabuadas y desagregadas por sexo. Las mujeres del fin de nuestro milenio sincretizamos experiencias históricas y cualidades imaginarias y fantásticas patriarcalmente escindidas por sexo.

La gran innovación, los cambios en las mujeres y la cultura feminista, construyen y anuncian en el fin del milenio el fin del mundo binario y antagónico de los géneros opuestos y complementarios, recreado por la opresión. Y la muerte de ese mundo no es sólo simbólica. Cada mujer sincrética concreta tendencias de un nuevo orden genérico. Sin embargo, los hombres no sólo pierden atributos de sus masculinidades sin adquirir y desarrollar los atributos asignados a las feminidades, sino que además lo hacen preservando los aspectos más nocivos de las masculinidades patriarcales: la dominación como razón de ser y la dominación en el vínculo como la forma hegemónica de relación en los diversos órdenes.

Desde luego, la dominación montada sobre el sexo continúa, pero ya no encuentra terreno fácil para extenderse. Hoy las mujeres dejamos de ser *el otro* para ser en primera per-

sona, *yo*, y reconocer el *tú* en las demás mujeres y en algunos hombres.

Desde el nosotras con poderío, enfrentamos la destrucción patriarcal de nuestra humanidad y proponemos el encuentro paritario entre los géneros.

Transitar al próximo siglo y al nuevo milenio, y desentendernos de lo que hemos sido y aún somos, significaría para mujeres y hombres no sólo intercambiar cualidades de género y hacerlas indistintas según el sexo, sino desmontar lo que cada género contiene de oprobioso.

El feminismo rebasará los límites entre el segundo y el tercer milenio como una de las concepciones filosóficas y como una de las prácticas ético-políticas más enriquecedoras y creativas de las eras transcurridas desde el año mil. Es éste el sentido profundo de nuestro anhelo de hacer del tercero, el milenio feminista.

Los nuevos sujetos del siglo XX y sus concepciones del mundo, anunciaron la resistencia y luego la rebelión frente a los miedos y los poderes que los crean. Si estos sujetos logran encontrarse en sus propósitos democráticos, pueden hacer viable la condensación de un nuevo paradigma cultural contenido en el feminismo aunque aún sin paralelo en las cosmovisiones masculinas.

Estas suelen definir propósitos democráticos no asociados al género, a veces contrarios al clasismo, el racismo y el etnocentrismo, pero poco o nada fundamentados en las críticas de las formas patriarcales de opresión ni en la construcción de alternativas de democracia cotidiana. La mayoría de los hombres que sí hacen suya la perspectiva ético-política del género, buscan aún los caminos que les permitan hacer un recorrido equivalente al que las mujeres iniciamos hace cuando menos tres siglos.

El nuevo paradigma está surgiendo al politizarse el reconocimiento ético de la existencia específica de los sujetos que emergen del silencio y la invisibilidad. Es ése el gran cambio milenar. Hoy ya es evidente la urdimbre social basada en la equivalencia entre los seres humanos y las seres humanas, en la igualdad no sólo entre semejantes, sino entre diferentes que no sean antagónicos ni complementarios, sólo diversos y equiparables.

El nuevo paradigma cultural contiene la reivindicación de que los miedos tan temidos pueden enfrentarse fuera de la estructura que los ha hecho modo de vida, naturaleza, destino.

Deconstruir nuestros mitos y nuestras pautas sociales expropiadoras y depredadoras es prioritario para vencer los miedos y remon-

tar los cautiverios en pos de los poderes necesarios e imprescindibles para la vida plena y digna.

Del otro lado de los miedos milenarios y seculares, del otro lado del pasado, en nuestro tiempo está la libertad.

Marcela Lagarde
Alba 39-503, Colonia Insurgentes
Cuicuilco. C.P. 04530, Coyoacán,
Distrito Federal, México